

Los cuatro elementos naturales en la mitología precristiana rusa.

María SÁNCHEZ PUIG

Universidad Complutense

El mito surge en los albores de la humanidad como una visión del mundo, basada en una unión intrínseca, una dependencia umbilical entre el hombre y la naturaleza que lo rodea, lo cobija, lo viste y lo alimenta. Los ciclos y los elementos naturales marcan la vida de ese hombre que vive totalmente inmerso en su contorno como parte integral del mismo, y fuera del cual su existencia resulta imposible. El hombre proyecta sobre esa naturaleza sus sentimientos y relaciones personales, y para ello siente la necesidad de personificarla, “humanizarla” a su imagen y semejanza.

En un principio, la relación hombre-naturaleza está exenta del misticismo propio de una religión, puesto que el hombre trata con elementos físicamente palpables –la tierra, el agua, el fuego y el aire– que lo rodean en su vida cotidiana, y no con seres invisibles o fuerzas del más allá, como se da en una religión. El mito no marca estricta diferencia entre el mundo natural o telúrico y el sobrenatural o celestial. Los elementos naturales del mito primigenio están “vivos”, son visibles, audibles y palpables y son fuente de vida. La aparición dicotomista de divinidades, unas positivas o celestiales, y otras de signo negativo o ctónicas, es el resultado de una evolución de la mitología hacia la épica. En el concepto mitológico los elementos y fuerzas naturales forman parte de la vida cotidiana, de manera que no son unos determinados dioses los que gobiernan y protegen una determinada parcela del mundo, sino, al revés, las propias fuerzas de la naturaleza son sacralizadas: el Cielo (aire), el Sol (luz, fuego), la Lluvia (el agua) y la Tierra son consagrados como dioses supremos. Posteriormente, en la mitología rusa van tomando cuerpo, se van plasmando en figuras míticas no sólo los elementos naturales, sino también los estados de ánimo y sentimientos humanos, (generalmente, los de signo negativo), y aparecen personificadas la Angustia (Тоска), la Pena (Горе, Жля), la Tristeza (Кручина), el Miedo (Страх), el Insomnio (Бес-сонница), e incluso las enfermedades, como las Hermanas Febrículas (Сестры Лихо-радки), etc.

El mito es un mundo en sí, y como tal, presenta ámbitos, parcelas y enfoques diversos. Se puede hablar del espacio y tiempo mitológicos, de la evolución del “caos” mitológico hacia el orden jerarquizado del panteón precristiano ruso, de la mitología de la Creación, de la mitología relativa a la existencia humana (nacimiento, vida, enfermedad, muerte), de la mitología de la casa y hacienda (habitáculo, ganado, cosecha, animales domésticos), de la mitología del contorno (bosque, campo abierto, acuíferos, fieras, aves, animales ctónicos), de héroes mitológicos, y,

por supuesto, de la mitología relacionada con los cuatro elementos naturales, que constituye nuestro objetivo en este momento.

LA TIERRA – ЗЕМЛЯ

El mito de la Tierra se basa, por una parte, en su función generadora de vida, relacionada con la fertilidad, las cosechas y el bienestar de los vivos, y por otra parte, en su función tanatológica, como lugar donde reposan los restos de los antepasados, de modo que la Tierra forma un eslabón entre generaciones en el plano temporal. Podemos suponer que el culto de la Tierra es anterior al del Cielo, ya que los vivos solicitaban la protección y ayuda de sus antepasados sepultados en las entrañas de la Tierra, y la idea de las almas de los difuntos habitando en el Cielo es de aparición posterior, de influencia cristiana.

En el concepto tradicional ruso la Tierra es la Madre universal de todo ser viviente, incluido el hombre. En primavera tiene lugar el “matrimonio cósmico” entre la Tierra y el Sol. Fertilizada por la Lluvia, la Tierra es capaz de procrear y adquiere el nombre de “Húmeda Madre Tierra” (Мать-сыра-земля). Durante su estado de gravidez, que dura hasta que empieza a granar el cereal, la Tierra debe ser cuidada con esmero y no debe ser golpeada ni maltratada. En la tradición folclórica rusa, heredera directa del mito original, la Tierra adopta actitudes humanas: se duerme al llegar la oscuridad de la noche (el invierno) y despierta con la luz del día (primavera), siente y padece como los humanos, participa en sus vidas, se regocija de sus victorias o llora a sus muertos en batallas, allana el camino a las mesnadas rusas y cierra el paso a las huestes enemigas. También se lamenta de los malos tratos que le dan los hombres golpeándola con palas y azadas, rasgando sus entrañas con arados, clavando estacas en su pecho, etc. y se vengará de los hombres, cuando se siente profanada. De los tiempos del mito procede la creencia campesina del “sueño de la Tierra”, según el cual la Madre Tierra duerme desde mediados de septiembre (fecha cristianizada como festividad de la Exaltación de la Cruz) hasta finales de marzo (asimilado al 25 de marzo, festividad cristiana de la Anunciación). Durante este período no se debe molestar a la Tierra dormida, es decir, no se debe cavar zanjas ni hoyos, clavar postes o estacas, colocar vallas, etc., para no perturbar su sueño. La inobservancia de esta norma puede despertar a destiempo la Tierra, provocar la llegada de una falsa primavera con un deshielo prematuro, seguido de heladas que arruinan la cosecha producen hambruna para todo el año.

La correlación Hombre-Tierra en el mito ruso se plasma en rasgos antropomorfos de ésta (o, tal vez al revés, ¿rasgos geomorfos del hombre?): la vegetación es su cabellera, las rocas son sus huesos, las raíces son sus venas y el agua es su sangre, imagen esta que aparece de forma recurrente en el folclore.

El mito arraiga profundamente en la mentalidad colectiva de un pueblo y, lejos de borrarse con la evolución cultural, se transforma y adapta a las nuevas circuns-

tancias para permanecer vivo. La sacralización de la Tierra es un mito que, a través de la historia, ha llegado vivo hasta hoy en la tradición popular rusa. Y esto se revela de forma muy especial en las costumbres y ritos funerarios.

La Tierra, como elemento sacralizado, no admite en su seno objetos impuros. Por tanto, tradicionalmente no se permitía dar sepultura a los llamados “difuntos impuros” o insepultos (заложные покойники). Merecían este nombre los suicidas, los ajusticiados, ladrones, asesinos y malhechores, los hijos maldecidos por sus padres, los apóstatas de la fe ortodoxa, personas que en vida estuvieron relacionadas con las “fuerzas impuras” o fuerzas del mal (brujas, curanderos, hechiceros), etc. La creencia popular los convertía en seres demoníacos, por lo que no se permitía enterrarlos en el seno de la Madre Tierra ya que la profanaban, y ésta se vengaría provocando sequías, inundaciones, malas cosechas, etc. Los cuerpos de los “difuntos impuros” eran alejados del pueblo y arrojados a las alimañas en una hoya, barranco o descampado. Si, a pesar de todo, algún alma piadosa daba sepultura a uno de estos desdichados, se tomaban muchas precauciones: se le enterraba descalzo y con los pies atados para que no pudiera escapar, se le colocaba una hoz sobre el cuello para que se degollara si intentaba levantarse, se le metía en un ataúd de álamo (árbol maldito, en la tradición popular rusa), etc., a pesar de lo cual a los dos o tres días la tumba era violada y el cadáver arrojado fuera. Si ocurría un desastre natural (sequía, helada, granizo, etc.), se culpaba a los “difuntos impuros” y el castigo que se les infligía era aún más severo: el cadáver era decapitado y desmembrado, se le clavaban en el vientre estacas de álamo, se le daba la vuelta boca abajo o, simplemente, se quemaba. Con el paso del tiempo se suavizaron las costumbres, y a partir del s. XVII en el día de los difuntos la Iglesia obligaba a recoger y sepultar en una fosa común los cadáveres desperdigados de los “impuros”, pero con la prohibición expresa de colocar cruz o lápida alguna.

La tierra que guardaba los restos de los antepasados era, y es, especialmente venerada. Se llamaba “tierra de los progenitores” (родительская земля), y era costumbre tener en casa un puñado de tierra de la tumba de un ser querido, ya que tenía poderes protectores. La Tierra simboliza, además, un eslabón entre el pasado y el presente, entre los vivos y los muertos, por lo que las celebraciones fúnebres se celebran hasta hoy día en presencia y con participación de la Tierra en forma de comida ritualizada en el cementerio, al pie de la tumba, dejando sobre ésta alimentos y bebidas para el difunto y para la Madre Tierra que lo acoge en su seno. Entre la gente del campo pervive la costumbre de pedir perdón a la familia, a los vecinos y a la Madre Tierra antes de morir.

Era también costumbre (y lo es todavía en ciertas ocasiones) llevarse una pizca de tierra en un escapulario, cuando se partía de viaje a tierra extrañas, para combatir la “morriña”. La ceremonia completa consistía en lo siguiente: se tomaba una pizca de cenizas del hogar doméstico, se le añadía una pizca de tierra de la entrada a la casa y otra pizca de tierra, cuando se abandonaba los límites del pueblo. Si un ruso moría en tierras extrañas, este escapulario debía ser enterrado con él, porque así yacería

por siempre en su Tierra natal. Una escena así aparece en la película “Encuentro en el Elba” y suele pasar inadvertida, o mejor dicho, incomprendida por el espectador occidental.

El juramento más solemne se hacía tradicionalmente en nombre de la Madre Tierra, los personajes de los cuentos fantásticos debían comer un puñado de tierra para sellar un juramento, se echaba tierra en el agua antes de beberla para purificarla, se besaba la tierra para darle las gracias por la cosecha o al regresar a casa después de un largo viaje, y si uno se caía, pedía disculpas a la tierra por el golpe ocasionado.

La tierra, además, posee propiedades curativas y uno de los remedios de la medicina popular consiste en acudir al sitio donde por primera vez se sintió el achaque o el dolor, aplicar un puñado de tierra al punto dolorido y pedirle ayuda a la Madre Tierra.

La evolución del mito de la Madre Tierra hacia la épica generó la aparición de diversos seres mitológicos, estratificados por rangos, que regían y ordenaban la vida en la Tierra y sus diversas superficies. Así aparecen el Señor de la Tierra y su esposa la Reina de la Tierra (Земной Царь, Земная Царица), el Señor del Bosque (Лесной Царь), el Señor de las Aguas o de la Mar Océana (Морской Царь), el Señor de los Caminos (Дорожный Царь), etc., a los que se sometían otros espíritus o divinidades menores, como леший el espíritu del bosque, русалка o береговиня la ondina, кикимора el espíritu de los pantanos, etc.

Con la adopción del Cristianismo, el culto ancestral de la Tierra, sus celebraciones y ritos fueron absorbidos por el culto a la Madre de Dios, en un largo –y se puede decir que inacabado– proceso de sincretismo religioso o doble fe.

Hoy día el pueblo ruso sigue viviendo mucho más apegado a la Tierra que el europeo occidental.

EL FUEGO – ОГОНЬ

El Fuego, otro elemento natural sacralizado en la cosmovisión mitológica rusa, posee doble función y simbología: purificación y destrucción. Entre los antiguos rusos el fuego era objeto de culto y se mantenía una llama permanente ante la efigie del dios supremo Perún, señor del trueno, en el panteón precristiano de Kíev.

El Fuego y el Trueno materializado en el Rayo están íntimamente ligados en la mitología precristiana rusa. Una de las denominaciones o personificaciones del Trueno es el Zar Fuego (Царь Огонь). Según el mito, el Zar Fuego y su esposa la Reina Relámpago (Molonia o Malania) luchan contra el rey de los dragones, el Zardragón Zmiulán, éste huye y se refugia en la oquedad de un gigantesco roble, mientras sus perseguidores queman su ganado. Este mito se mantiene a través del tiempo en forma de ritual practicado en la Rus' precristiana, consistente en sacrificar animales en honor del dios del Trueno, en un fuego sagrado encendido al pie de un

roble, árbol sagrado, como es bien sabido, no sólo de los rusos o de los eslavos, sino de otros muchos antiguos pueblos europeos. El Fuego nacido de un rayo era considerado destructor y nunca debía ser llevado a la casa, porque era indomable y no obedecía al hombre. El Trueno y el Rayo, en época pagana instrumentos del dios Perún, en época cristiana pasaron a ser atributos de una nueva divinidad, el profeta Elías, que cruza el cielo en su carro tirado por corceles de fuego lanzando rayos contra los demonios que se ocultan bajo los árboles o en el agua. De ahí que un árbol abatido por un rayo nunca deba usarse para construir viviendas. Ya en época cristiana, el primer Trueno/Rayo primaveral, premonitor de la primavera, era celebrado con ceremonias y ritos de reminiscencia claramente pagana, como tocar un roble, árbol totémico (cf. “tocar madera”), lavarse con agua de lluvia, revolcarse por la hierba para empaparse de Rocío y tomar fuerzas de la Tierra, etc. Observemos, de paso, que en estas ceremonias participan a la vez varios elementos, en este caso concreto, son el Fuego, el Agua y la Tierra, formando un todo cósmico indivisible.

El fuego original, primigenio, el fuego mítico ha llegado hasta nuestros días contenido en el concepto folclórico de “fuego vivo” (живой огонь), que designa el fuego “natural” obtenido por fricción de dos trozos de madera o por chispa de pederal, y que aparece de forma recurrente en los cuentos fantásticos rusos, conjuros, prácticas curanderas, etc. Este fuego se consideraba purificador, si bien el obtenido por chispa de pederal tenía menos poder mágico que el obtenido por fricción. El “fuego vivo” se obtenía en solemne ceremonia tres veces al año, en estrecha relación con la fases solares: en el solsticio de invierno (absorbido posteriormente por la Navidad cristiana), el solsticio de verano (asimilado a la festividad cristiana de San Juan) y el equinoccio de primavera (acomodado a la Semana Santa o Pascua cristiana). Este fuego poseía una fuerza purificadora especial y, una vez encendido en la solemne ceremonia, era llevado de casa en casa. En épocas de epidemias y epizootias se hacía pasar a todos los habitantes del poblado, sanos y enfermos, así como el ganado, entre dos grandes hogueras prendidas con ese “fuego vivo”, o bien se encendían numerosas hogueras formando un círculo alrededor del pueblo, un mágico círculo de Fuego purificador.

La tradición popular rusa personifica el Fuego: al fuego se le habla, se le dedican rogativas, se le deja comida y bebida para complacerle y evitar su terrible ira, y se considera un sacrilegio orinar o escupir sobre el fuego, pisotearlo, apagarlo con aguas inmundas, etc. El fuego se identifica con la pasión amorosa, por lo que forma parte de conjuros para provocar amor. El símbolo zoomorfo del fuego en la tradición cultural rusa es el gallo, creencia que queda reflejada en el dicho “soltar el gallo rojo” que debe entenderse como “incendiar, prender fuego”.

La ancestral tradición rusa también le otorga al fuego propiedades preventivas y curativas. Aparte de las ceremonias purificadoras durante las epidemias, como se ha mencionado anteriormente, la medicina popular sometía a los enfermos a curas con humo de yerbas mágicas, se cauterizaba las heridas o llagas con “fuego vivo” obtenido con chispas de pederal.

El fuego es luz, es calor, y, especialmente en el clima ruso, es cuestión de mera supervivencia. El fuego es mantenido y conservado celosamente en el horno de la isbá o vivienda tradicional campesina, y esto convierte el horno en el núcleo de la vida familiar, símbolo de continuidad del clan familiar. Antiguamente, siempre debía haber ascuas candentes en el horno y era mal presagio si se apagaba el fuego. Para encenderlo de nuevo, había que usar “fuego vivo”, ya que era de mal agüero pedir o prestar ascuas a nadie, y si se prestaban, debían ser devueltas.

Pero el fuego también es una fuerza destructora, uno de los mayores azotes en la historia de Rusia, país de grandes masas forestales, en el que antiguamente la totalidad de las construcciones –aldeas y ciudades enteras con sus casas, palacios e incluso krémelines– eran de madera. Moscú, por ejemplo, sufría regularmente tres o cuatro pavorosos incendios en un siglo, quedando totalmente reducida a cenizas trece veces a lo largo de su historia. El temor al fuego era tal, que la palabra “incendio” estaba tabuizada y, en caso de necesidad, se acudía a toda clase de alusiones, circunloquios o metáforas, como “gallo rojo”. Ya en época cristiana, en el s. XIX, sin ir más lejos, el incendio provocado por un rayo era considerado un castigo divino, por tanto era pecado intentar apagarlo, y la gente se limitaba a contemplar el fuego con un icono en las manos (generalmente, el de “La zarza ardiendo” o San Nicolás). Otros intentaban, a pesar de todo, apagar el fuego mediante conjuros, echando al fuego un huevo de Pascua o unas ramas de salguera (equivalentes de la palma) consagradas el Domingo de Ramos, o incluso avivando el fuego en el horno de una casa vecina, siguiendo la ancestral creencia que el fuego domesticado, el “bueno”, contrarresta el fuego indómito y destructor. En caso de incendio, lo primero que se intentaba sacar de la casa en llamas eran los iconos (evidente, en época cristiana), pero también la mesa y la artesa de amasar el pan, objetos sacralizados, símbolos de hogar y supervivencia desde los tiempos paganos. Los incendios devoraban aldeas enteras, y en la lengua rusa hay una palabra que designa a los “aldeaquemada” (погорельцы), familias que se habían quedado sin hogar y recorrían los caminos viviendo de limosnas o buscándose la vida en un carro con la lanza de enganche chamuscada y ennegrecida, como señal de identidad. Gozaban de un “status” especial y no podían ser detenidos por la policía por mendicidad.

Al elemento del Fuego se le contrapone en la dicotomía universal.

EL AGUA – ВОДА

El agua sacralizada en la tradición mitológica rusa como fuente de vida, elemento purificador, savia de la tierra identificada con la sangre humana, nexo con el más allá y con el mundo de los difuntos, lugar donde habitan toda clase de espíritus y fuerzas impuras, ninfas, ondinas, etc. Las fuentes y pozos eran tradicionalmente lugares de magia y culto que, con la llegada del Cristianismo, se encomendaron al cuidado de Santa Paraskeva.

Tal vez sea el elemento más mitologizado en la cosmovisión ancestral rusa, como medio que sustenta a la mismísima Tierra y todo lo que en ella vive, ya que según el mito de la Creación, la Tierra se sostiene sobre tres ballenas que flotan en la Mar Océana. La Mar Océana, es el punto de partida del Universo, representa el caos primigenio frente al espacio organizado representado por la Tierra, es generadora de vida y, por tanto, es del género gramatical femenino.

Al igual que la Tierra, el Agua no sólo es un concepto espacial, sino también temporal, ya que marca las etapas más importantes de la vida humana mediante ritos ancestrales de ablución o baño ritualizado en el nacimiento, matrimonio y muerte, y posteriormente, con la adopción del Cristianismo, también en el bautismo. La frontera entre la vida y la muerte está marcada por el agua, ya que, según la creencia precristiana, el alma del difunto abandona este mundo hacia el más allá cruzando un río subterráneo en una barca.

En la mitología rusa se observa una clara diferenciación entre las aguas celestiales, terrestres y subterráneas. El Agua celestial es generadora de vida, la Lluvia es el semen celestial que fecunda la Tierra en un Matrimonio cósmico. En los cantos agrícolas tradicionales las gotas de la lluvia se identifican también con el grano de cereal que cae a la Tierra a través de un tamiz (nubes) y es esparcido por el Viento.

Los antiguos rituales mágicos para invocar la lluvia se celebraban en unas fechas concretas, propicias para una buena cosecha de cereal: a finales de mayo, mediados de junio, principio y final de julio. Las rogativas no eran dirigidas a un dios concreto, sino a ríos, fuentes, manantiales y pozos del lugar, considerados como lugares sagrados, y se acompañaban de sacrificios de pequeños animales domésticos, generalmente gallinas, que eran ahogadas en el agua y luego cocinadas y comidas *in situ*. Los pozos eran especialmente protegidos, y escupir o echar inmundicias en un pozo no sólo era considerado un agravio a la comunidad, sino un sacrilegio, que podía acarrear sequía como castigo. Tampoco todos los manantiales eran iguales: se consideraban beneficiosos los que corrían de Este a Oeste, siguiendo el movimiento del sol, y maléficos los que corrían en dirección contraria. El agua de estos últimos se podía usar para faenas domésticas y agrícolas, pero no para beber.

El Agua de la primera lluvia primaveral poseía cualidades rejuvenecedoras y “energizantes” y era costumbre lavarse con este agua, especialmente las muchachas casaderas. Hoy día, en el campo persiste la costumbre de recoger agua de lluvia (por ejemplo, para lavarse la cabeza las mujeres), a pesar de haber abundante agua de pozo.

El agua participa como elemento purificador en numerosos ritos, fiestas y celebraciones. Las abluciones ritualizadas eran obligatorias al finalizar las festividades paganas del ciclo solar en primavera y, sobre todo del solsticio de verano, cuando tras una noche de Fuego, desinhibición y excesos, todos los celebrantes se purificaban bañándose desnudos en el río, dando así por concluida la celebración. Los magos o druidas (волхвы), depositarios del saber profano y sagrado, aconsejaban bañarse en los ríos durante la lluvia, y también bañarse en las noches de luna nueva,

porque ese “agua de plata” prevenía las enfermedades, daba fuerza y dejaba una piel blanca y tersa.

En la tradición mitológica rusa existen diversas clases de aguas con poderes mágicos. Poseen propiedades salutíferas el agua del río tras el deshielo y el “agua de marzo” procedente de la primera nieve derretida, ya que contienen el germen de la primavera. En los cuentos fantásticos nos encontramos con el Agua débil (Слабая вода) que deja sin fuerzas al que bebe de ella, el Agua Fuerte (Сильная Вода) de efecto contrario, el Agua de la Muerte (Мертвая Вода) que acaba con quien la prueba o sea rociado con ella, y el Agua de la Vida (живая вода), que resucita a los muertos. Ésta última es dada a los hombres por el Trueno, El Viento y el Granizo representados por el Halcón, el Águila y el Cuervo, respectivamente. Señalemos, como cosa curiosa, que para que las dos Aguas de signo positivo surtan efecto, primero deben emplearse las dos de signo negativo, es decir, que para obtener el bien primero hay que padecer el mal, o la felicidad de gana con el sufrimiento, concepto este muy extendido en la tradición folclórica y mentalidad rusas. Pero aún hay más: el agua puede decidir el destino de un hombre. Se trata de la llamada Agua del Destino (Спорная вода), que se tomaba antiguamente del punto de confluencia de dos ríos o arroyos y, aplicada al moribundo, determinaba si éste iba a morir o sobreviviría.

Otra de las plasmaciones míticas del Agua es el Rocío que, según la ancestral creencia, rejuvenece y da energía, ya que a través del Rocío la Madre Tierra transmite su fuerza. El Rocío era recogido de madrugada, pasando un paño o “рушник” por la hierba, posteriormente se escurría el paño y se daba el agua obtenida a los enfermos, parturientas, etc.

En su evolución hacia la épica el elemento Agua produce un gran número de personajes fantásticos, espíritus, magos, monstruos, seres zoo-antropomorfos y héroes épicos que forman un capítulo aparte en la mitología rusa, un entretejido de diversos estratos temporales, religiosos y culturales. Mencionaremos, a título de recordatorio, al gigantesco saurio marino Ящер que se traga el sol cada atardecer, al legendario Sadkó capaz de calmar la tempestad con su gusla y su canto, los ríos como el Danubio, el Dniéper, el Vóljov y el Volga que sienten, padecen y actúan como seres humanos, el legendario mar de Jvalýn del que emerge el Sol cada mañana, el Vodianói o espíritu de las aguas, las ninfas o rusalkas seductoras de hombres, etc. Cabe destacar especialmente la fuerte mitologización del Danubio, cuyas aguas son curativas y el propio río simboliza una frontera, un límite entre lo propio conocido y lo extraño desconocido. En los tradicionales cantos nupciales rusos se habla de la novia que, antes de casarse, realiza un baño ritualizado en ese río, y la expresión “cruzar el Danubio” en ese contexto significa “contraer matrimonio”.

EL AIRE – ВОЗДУХ

El cuarto de los elementos es situado por la tradición mitológica rusa bajo la cúpula celeste. El Cielo tiene tres niveles o esferas: la cúpula celeste o “cielo duro”,

especie de “tamiz” que cubre la Mar Océana y la Tierra, con el sol, la luna y las estrellas incrustadas en él; bajo esta cúpula dura se halla el “cielo del Aire”, que nos permite respirar; y por encima de la cúpula dura está el “cielo del Agua”, que vierte las lluvias sobre la Tierra a través del tamiz y la fertiliza. El Aire se materializa en el Viento, plasmado en distintas formas zoo y antropomorfas, o bien como un gran fuelle celeste, movido por unos gigantes. Stríbog, el señor de los vientos, era una de las siete divinidades principales del panteón precristiano de Kíev. El Aire, en general, tiene connotaciones más bien negativas, adversas al hombre, como propagador de males y epidemias, como portador de nubarrones de Agua y granizo que arruinan las cosechas, como aliado del Fuego, etc. Bajo la influencia del Cristianismo el aire pasa a identificarse con el concepto de espíritu o alma que abandona el cuerpo en forma de hálito o nubecilla. En muchas regiones de la Rusia profunda, cuando muere una persona, persiste la práctica de abrir puertas y ventanas para dejar salir esa nubecilla o hálito, ya que, si alma del difunto no puede salir, perseguirá a los vivos.

En la mitología rusa precristiana el Viento simboliza la ira de la naturaleza. Se habla de los Doce Grandes Vientos que están encadenados en una isla en medio de la Mar Océana. Cuando uno de ellos logra escapar, se producen grandes tormentas. Otras leyendas hablan también de las andanzas de “setenta y siete Vendavales, setenta y siete Torbellinos y setenta y siete Vientos” que campan por las tierras rusas arrancando árboles, arruinando cosechas, avivando fuegos y acarreado negros nubarrones. En las estampas populares llamadas *lubok* el Viento es tradicionalmente representado como un ser antropomorfo con una o tres cabezas con la cabellera al viento, guiando una *troika* de veloces corceles. También existe una representación zoomorfa: un cerdo escarbando la tierra y lanzándola al su alrededor, de ahí la creencia popular que si un cerdo escarba con ahínco la tierra, es que se aproxima un vendaval. El Torbellino o Вихрь era el viento más temible, ya que en el ojo del mismo bailaban espíritus del mal, brujas, demonios, etc. Existían diversos nombres para los vientos, según su procedencia e intensidad, que se empleaban especialmente en conjuros e invocaciones. Los cuatro vientos principales –N., S., E., O.– se representan como cuatro hermanos. Entre los más conocidos nombraremos a Raj, viento seco del sur, portador de prolongadas sequías; a Séverko, viento gélido del norte; a Dogoda (que luego derivó en Pogoda) suave y cálida brisa, semejante al Céfiro de los griegos, etc. También estaban dotados de nombre propio algunas manifestaciones concretas del Viento, por ejemplo, se denominaba Vétrennik al golpe de viento invernal que irrumpe en la casa cuando se abre la puerta. Generalmente, el viento no actúa solo, sino en unión de otros elementos, especialmente el Agua y el Fuego. El aullido y el silbido del viento no prometían nada bueno, de ahí la creencia, conservada hasta hoy día, que no se debe silbar, y menos en una casa, ya que atraerá el viento y con él toda clase de males.

Observamos, pues, una evidente contraposición de dos elementos de signo positivo –Tierra y Agua– favorables al hombre, generadores de vida y, por tanto, nece-

sariamente femeninos, incluido el género gramatical, frente a otros dos elementos de signo negativo –Fuego y Viento– hostiles, destructores de vida y, por ende, símbolos masculinos, incluido el género gramatical. Esta oposición del principio femenino creador y el principio masculino destructor está presente en la cosmovisión rusa y se plasma en el folclore en formas épico-poéticas, en nombres de frutas y bayas de simbología y género gramatical femeninos por una parte, y aves rapaces – de simbología y género gramatical masculino, que picotean, devoran, pisotean y destrozan los frutos, por otra. Pero esto ya es otro tema, en el que no vamos a entrar.

Los cuatro elementos sacralizados transmiten, además, un halo de magia a los hombres que los manejan, cuyas profesiones están directamente relacionadas con ellos, como son los molineros (agua, viento), alfareros (tierra, fuego) y herreros (fuego), quienes, según la tradición popular rusa, tienen poderes mágicos, hacen pactos con espíritus (o demonios, en época cristiana), y que a menudo son protagonistas de historias y leyendas fantásticas.

Sin pretender dar por concluido el tema, que da para mucho más, podemos resumir, como dice Lévy-Strauss, que “el mito siempre está relacionado con acontecimientos pasados, tempos remotos, inmemoriales, etc. Sin embargo, la fuerza del mito consiste en que esos acontecimientos acaecidos en un determinado momento se convierten en una estructura permanente, simultánea para el pasado y para el futuro.”

El mito sigue vivo en la cultura rusa, aflora cuando menos lo esperamos, en cuentos y leyendas, ritos y ceremonias, creencias, supersticiones y gestos que hoy no parecen tener explicación, pero siguen en vigor.

Es importante conocer el mito de cualquier pueblo y sus ramificaciones en la vida moderna para entender mejor determinadas actitudes, comprender no sólo el texto, sino el contexto y el subtexto de sus creaciones literarias cultas y populares, entender el significado de gestos, supersticiones y actitudes en la vida real y en las películas, etc.

Un mito no es simplemente un cuento, sino una de las múltiples visiones de un mundo que compartimos y en el que todos estamos inmersos.

BIBLIOGRAFÍA

- Afanásiev A.N. *Drevo zhizni*. Moscú. 1983.
 Lévi-Strauss C. *La estructura de los mitos*.// *Voprosy filosofii*. Moscú., 1970, n.7.p.153.
Mifologúcheski slovar. Moscú., 1990.
 Rybakov B.A. *Yazýchestvo drevnei Rusí*. Moscú., 1988.
 Sánchez Puig M. *Guía de la cultura rusa*. Madrid, 2003.
 Zelenin D.K. *Ocherki russkoi mifologii*. San Petesburgo, 1916.